El negocio de vivir. [15-05-16]

Agustín Nicolas Molina

Capítulo 1

Como cualquier otro día, Adriana estaba atendiendo su negocio. Le hubiese encantado que fuese ese tipo de negocio exitoso que le permitía a tantos otros cambiar el auto cada tanto, o irse de vacaciones al extranjero para liberar el estrés. Pero no podía quejarse, le mantenía flote y le daba de comer a sus hijos. De vez en cuando le permitía darse algún que otro gusto, como comprarse ropa interior nueva o cenar fuera de casa.

En parte, se sentía orgullosa. Había comenzado como un simple kiosco de barrio que vendía alguna que otra golosina e insumos diarios, pero con el tiempo lo había ampliado. Ahora exhibía una gran heladera de carnes de la cual Emiliano, su hijo mayor, se encargaba y unos tantos cajones de verduras. Las heladeras de bebidas estaban repletas, y las estanterías rebozaban alimentos.

Ese día el lugar estaba especialmente lleno. Era habitual que la gente se amontonara para comprar los domingos, dado que durante la tarde mantenían el lugar cerrado, pero había más gente de la habitual. Quizás fuera el feriado, que muchos aprovechaban para visitar a sus parientes o hacer un almuerzo en casa con algunos invitados. O quizás fuese que era principio de mes, y nunca faltaban aquellos que les gustaba festejar el cobro del sueldo despilfarrándolo.

Sea como sea, no cabía ni una aguja. La cola para la sección de carnes se movía rápido, para pasar a la cola del cobro. Adriana no había tenido una buena noche. Habían intentado entrar en su casa y luego no había podido conciliar el sueño, siempre pendiente de qué podía suceder. Trataba de que no se reflejase en su actitud, para no espantar clientes y evitar las habladurías posteriores de las cotorras del barrio, pero no podía hacer nada con las reveladoras ojeras color malva que adornaban su cara. Trataba siempre de responder a la insidiosas preguntas de los curiosos con datos vánales, cosas que ya supieran y que les quitase el deseo de preguntar más.

-Sí. Veinti… Veintitrés –dijo. Raúl no para de preguntar por los precios de los lácteos, productos que compraba con frecuencia y sin embargo desconocía su valor. Mantenía la puerta dela heladera abierta, dejando escapar el frio, mientras decidía si llevar la leche descremada o la entera, para luego decidirse por la misma de siempre.

Un hombre entró por la puerta con dos grandes bolsas de papel madera. Las dejó en el suelo y le tendió a Adriana un papel con lo adeudado.

-Es casi la una –dijo ella-. ¿Qué piensas que voy a hacer que esas semitas

ahora?

-Tuve un problema con los hornos anoche –fue la única respuesta que tuvo.

-No las voy a dejar. Tuve que comprar en otro lugar. El pan sí –dijo-, capaz lo vendo. –Firmó la boleta, no sin antes tachar el pedido de cien semitas-. ¿Cuánto es?

-Sin esto –dijo el hombre apartando una de las bolsas- son ciento treinta.

Pagó y observó cómo el hombre se retiraba. Mabel la sacó de su ensimismamiento, reclamándole que llevaba casi media hora esperando.

-¿Qué va a querer? –preguntó, solo para complacerla.

-Cóbrame esto –puso en el mostrados una bolsa con carne y otra con verduras-. Son dos kilos de papa y uno de tomate.

-Setenta y ocho, Mabel.

-Tengo solo setenta, ¿me fías lo otro? –Tenía los setenta pesos en una mano y las bolsas en la otra. Adriana sabía que, en basa a su respuesta, soltaría una cosa a la otra.

-Bueno. Pero recordá que me debes cuarenta y dos de la semana pasada.

-Sí te los voy a pagar –dijo con tono ofendido. Acto seguido, salió con la frente en alto y los labios apretados, como si hubiese recibido un insulto.

Adriana observo la fila de cobro, que se había extendido demasiado. En ella se encontraba Doña Susana, sosteniendo el monedero con ambas manos a la altura del ombligo, con la mirada perdida y los ojos rodeados por surcos de los años.

Se dispuso a atenderlos a todos. Algunos se lo reclamaban con la mirada, otros simplemente aprovechaban el tiempo para conversar con quien tuviesen a un lado. Los tartamudeos de Doña Susana, el tono petulante de la hija de los Estébanez, que no levantaba la vista de su teléfono, las ganas de conversación de Esmeralda y la indiferencia del chico de la vuelta. Uno a uno fueron pasando, uno a uno fueron comprando, y uno a uno se fueron yendo.

Emiliano pasó a su lado y atendió a Raúl, que había encontrado el yogurt que empezaría a gustarle a su hija. El mismo yogurt que hacía dos semanas dijo que no volvería a comprar porque su hija no comía.

Sonrió al ver que ya no había nadie. Miró el reloj. La una y cuarto. Afirmó los codos en el mostrador y masajeó sus cienes. Solo ahí comenzó a sentir el agudo dolor que había azotado su cabeza durante toda la mañana. Quizás porque era el primer momento del día que podía dedicarse a sí misma, el momento en que dejaba de vender su vida para comprarse una mejor.